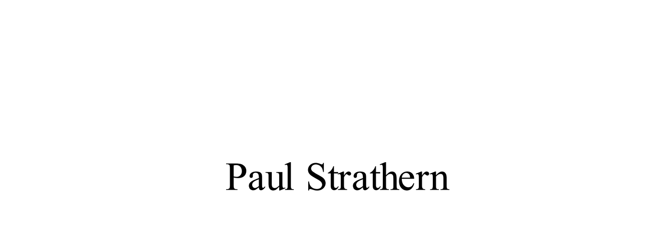
Nietzsche en 90 minutos

Paul Strathern

NIETZSCHE
EN 90 MINUTOS

PAUL STRATHERN





Paul Strathern

Nietzsche en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 15

Título original: *Nietzsche in 90 minutes*

Paul Strathern, 1996

Traducción: José A. Padilla Villate

Retoque de cubierta: Piolin

Introducción

La filosofía cayó dormida al comienzo de la era cristiana y, en algún momento, tuvo un sueño filosófico llamado Escolástica que se basó en Aristóteles y en las enseñanzas de la Iglesia.

La filosofía se despertó bruscamente de sus sueños medievales con la llegada de Descartes y su declaración «Cogito, ergo sum» (Pienso, luego existo). Comenzaba así una época de ilustración: el conocimiento se basa en la razón. Pero Descartes no solo despertó a los sabios durmientes, también a los

británicos, que respondieron a la pretensión racional de Descartes diciendo que el conocimiento no se basa en la razón, sino en la experiencia. En su celo, estos empiristas británicos destruyeron toda semblanza de razón y redujeron la filosofía a una serie cada vez más limitada de sensaciones. La filosofía se hallaba de nuevo en peligro de caer dormida cuando, a mediados del siglo XVIII, Kant despertó de sus sueños dogmáticos y creó un sistema filosófico aún más grande que el que había puesto a dormir a la filosofía en la Edad Media. Parecía como si la filosofía emulara otra vez a Rip van Winkle. Hegel reaccionó ante esta situación soporífera construyendo un sistema para

él solo, como una inmensa cama con baldaquino. Schopenhauer decidió tomar un nuevo rumbo y dejó entrar una corriente fría de filosofía oriental en la cama kantiana, despertando al joven Nietzsche, que dio un salto en la helada ráfaga proclamando una ruidosa filosofía que mantendría por un buen tiempo despierto a todo el mundo.

Vida y obra de Nietzsche

La filosofía se hace nuevamente peligrosa con Nietzsche, con una diferencia: en los siglos anteriores, la filosofía había sido peligrosa solo para los filósofos, pero con Nietzsche lo fue para todo el mundo. Nietzsche terminó enloqueciendo, lo que se muestra en el tono de sus escritos tardíos, pero sus peligrosas ideas aparecieron mucho antes de que se volviera loco y no tienen nada que ver con su demencia clínica; presagiaban una locura colectiva que

tendría horribles consecuencias en Europa durante la primera mitad del siglo XX y que muestra hoy ominosas señales de recurrencia.

Las ideas más ambiciosamente filosóficas de Nietzsche apenas merecen este nombre, ya se trate de superhombres, del eterno retorno (la idea de que vivimos nuestras vidas una y otra vez por toda la eternidad) o de que el único propósito de la civilización es el de producir «grandes hombres» (como Goethe, Napoleón, o él mismo). Su uso de la voluntad de poder como una explicación universal es, o simplista o sin sentido; hasta el monismo de Freud es más sutil y el concepto, menos

específico, de Schopenhauer, más convincente. Como toda buena teoría de una conspiración, la doctrina nietzscheana de la voluntad de poder penetrándolo todo contiene su parte usual de paranoia. Sin embargo, el filosofar real de Nietzsche es brillante, persuasivo e incisivo como ninguno antes o después de él; cuando se le lee, se tiene la excitante sensación de que la filosofía importa realmente (lo cual es una de las razones por las que es tan peligroso); además, cuando usa la voluntad de poder puramente como herramienta analítica, descubre elementos constitutivos de las motivaciones humanas que pocos habían sospechado antes de él, y desenmascara

los valores que están en el origen de esas motivaciones, dibujándolos sobre un amplio lienzo histórico, iluminando los mismos fundamentos de nuestra civilización y de nuestra cultura.

Aunque Nietzsche no está enteramente libre de culpa por las peligrosas estupideces que se han escupido en su nombre, debe decirse que, en su mayor parte, son una parodia de lo que escribió realmente. No sentía sino desprecio por los protofascistas de su tiempo, le disgustaba el antisemitismo, y la idea de una Alemania pura racialmente, como raza de señores, habría provocado al máximo su sentido del humor; de haber vivido (y conservado su salud mental)

hasta los años treinta, cuando habría tenido alrededor de ochenta años, seguramente no habría permanecido callado ante los grotescos acontecimientos que tendrían lugar en su patria, como sí lo hicieron algunos filósofos alemanes que pretendían ser sus sucesores.

Friedrich Wilhelm Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 en Sajonia, una provincia entonces del cada vez más poderoso reino de Prusia. Nietzsche descendía de una larga línea de comerciantes, que incluía sombrereros y carniceros, pero su abuelo y su padre fueron ambos pastores luteranos. El padre de Nietzsche fue un patriota

prusiano que tenía en alta estima a su rey, Friedrich Wilhelm IV. Al nacer el primer hijo de Ludwig el día del cumpleaños del rey, sus posibilidades de recibir un nombre como Otto eran más bien escasas. Por una coincidencia totalmente fortuita, los tres hombres morirían locos.

El primero en morir fue Ludwig, en 1849. Se le diagnosticó «reblandecimiento cerebral» —parece que la autopsia reveló que una cuarta parte de su cerebro estaba afectada de «reblandecimiento»—. Este tipo de diagnosis no está ya de moda en la profesión médica pero, en todo caso, reputados biógrafos de Nietzsche están

convencidos de que la locura de Nietzsche no fue heredada por su hijo.

Nietzsche se crió en Naumburg, en una casa llena de «santas mujeres», que eran su madre, su hermana menor, la abuela materna y dos tías solteras ligeramente trastornadas, lo cual parece haber afectado a la actitud posterior de Nietzsche respecto de las mujeres. A los trece años fue inscrito como interno en Pforta, uno de los mejores colegios de Alemania. A Nietzsche, en gran medida producto de una crianza piadosa y mimada, le llamaban «el pequeño pastor» y ganaba todas las medallas, pero era tan brillante que no pudo por menos que pensar por sí mismo y, a la

edad de dieciocho años, comenzó a dudar de su fe. El pensador de vista penetrante tenía que notar, en el mundo que le circundaba, que las clavijas cuadradas no encajaban en los agujeros redondos. Algo típico en él, pensaba sobre esto en completo aislamiento; de hecho, a lo largo de toda su vida, Nietzsche recibió influencias de muy pocas personas vivas (y de no muchas muertas).

A los diecinueve años, Nietzsche se trasladó a la Universidad de Bonn para estudiar teología y filología clásica, con la idea de hacerse pastor; su destino había sido trazado mucho antes por las «santas mujeres», pero ya empezaba a

experimentar un apremiante deseo de rebelarse que transformó su carácter. A su llegada a Bonn, el escolar solitario se convirtió inesperadamente en el típico estudiante gregario; se enroló en una fraternidad distinguida, se iba de copas con sus compañeros y hasta peleó en un duelo (el típico juego artificial, que se detuvo tan pronto como hubo recibido su cicatriz de honor, una breve marca en la nariz, cubierta después, por desgracia, por el puente de las gafas). Pero esto no representaba más que una fase inevitable. Ya para entonces, Nietzsche había decidido que «Dios ha muerto». (Esta noticia, ahora asociada al nombre de Nietzsche, fue dada también por Hegel 20 años antes de que Nietzsche

naciera). Durante las vacaciones en su casa, se negó a tomar la comunión y anunció que no volvería a entrar en la iglesia. El año siguiente se cambió a la Universidad de Leipzig, donde abandonó la teología para concentrarse en filología clásica.

Nietzsche llegó a Leipzig en octubre de 1865, el mismo mes en que celebraba su veintiún cumpleaños. Por ese tiempo ocurrieron dos hechos que habrían de transformar su vida. Durante una visita turística a Colonia, visitó un burdel; según Nietzsche, esta visita no fue intencionada, sino que al llegar pidió a un porteador en la calle que le dirigiera a un restaurante y, en su lugar, le llevó a

un burdel. Nietzsche lo contó así, después, a un amigo: «De pronto me encontré rodeado de media docena de espectros cubiertos de oropeles y gasas que me miraban expectantes; me quedé sin habla un momento y, entonces, corrí instintivamente hacia la única cosa en el lugar con alma: el piano; toqué unos pocos acordes para librarme de la parálisis y escapé».

La única noticia de este improbable episodio es como nos la da Nietzsche; imposible saber si la visita fue tan accidental o no, o si Nietzsche terminó acariciando solo las teclas del piano. Nietzsche era, seguramente, virgen todavía; era un joven extremadamente

intenso, a la vez que inexperto y torpe en los modos del mundo. (Lo que no le impedía pronunciarse sobre tales asuntos; a pesar de su estado sexual, informó con toda seriedad a un amigo de que necesitaría tres mujeres para satisfacerse).

Nietzsche reconsideró la situación y pensó que se había sentido atraído por algo más que el piano, así que regresó al burdel y, casi con certeza, hizo unas cuantas visitas a establecimientos similares de Leipzig. Descubrió poco después que estaba infectado; el doctor que le trataba no le diría que era sífilis lo que tenía; no lo decían entonces, puesto que era incurable. De resultas de

este incidente, parece ser que Nietzsche se abstuvo de la actividad sexual con mujeres, a pesar de lo cual no dejó de hacer comentarios embarazosamente reveladores sobre ellas en su filosofía: «¿Vas a ver a una mujer? No olvides el látigo». (Aunque es posible que, debido a su experiencia en el lupanar de Leipzig, pensara que es justo que los hombres vayan igualmente armados a la batalla).

El segundo incidente que cambió su vida tuvo lugar al entrar en una librería de segunda mano y tropezar con un ejemplar de *El mundo como voluntad y representación,* de Schopenhauer. «Tomé en mis manos el libro

desconocido y empecé a hojearlo. No sé qué demonio me susurraba al oído: "Llévate a casa este libro". Así pues, rompiendo mi norma de no comprar nunca un libro con demasiada prisa, eso es lo que hice. Ya en casa, me arrojé a un rincón del sofá con mi nuevo tesoro y dejé que ese poderoso y melancólico genio trabajara en mi mente… Me encontré mirando un espejo que reflejaba el mundo, la vida y mi propia naturaleza con una grandeza aterradora… Allí vi enfermedad y salud, exilio y refugio, infierno y cielo».

Nietzsche se hizo schopenhaueriano de resultas de estos sentimientos sorprendentemente proféticos. Entonces,

cuando Nietzsche no tenía nada en qué creer, necesitaba el pesimismo y el despego de Schopenhauer. Para Schopenhauer, el mundo es meramente una representación sostenida por una voluntad maligna que todo lo impregna; esta voluntad es ciega y no presta la menor atención a los temores de la humanidad, infligiendo a sus miembros una vida de sufrimientos cuando luchan contra sus manifestaciones en todo su entorno (el mundo). La única actitud sensata posible es la de aminorar el poder de la voluntad dentro de nosotros con una vida de renuncia y ascetismo.

El pesimismo de Schopenhauer no se adaptaba a la naturaleza de Nietzsche,

pero este admitió enseguida su honradez y su energía. De ahora en adelante, sus ideas positivas deberían primero tener fuerza suficiente para ir más allá de este pesimismo. El camino hacia adelante pasaba a través de Schopenhauer pero, sobre todo, sería decisivo el papel fundamental desempeñado por el concepto de voluntad de Schopenhauer, que sería transformado finalmente por Nietzsche en voluntad de poder.

En 1867, Nietzsche fue llamado a servir en el ejército prusiano. Seguramente las autoridades se engañaron al ver el bigote, grande y feroz, que Nietzsche había cultivado debajo de su más bien decepcionante cicatriz de duelo, y se le

envió a caballería. Esto fue un error. Nietzsche contaba con una gran determinación, pero en un cuerpo lastimosamente endeble; sufrió un grave accidente a caballo y siguió cabalgando como si no hubiera pasado nada, en la mejor tradición prusiana. Cuando el soldado Nietzsche volvió a los cuarteles, hubo de ser hospitalizado durante un mes, al cabo del cual fue ascendido a soldado de primera y enviado a casa.

Volvió a la Universidad de Leipzig, donde los profesores le tenían por el mejor estudiante que había pasado por allí en 40 años. Pero a Nietzsche le estaba desencantando la filología, con su

«indiferencia respecto de los auténticos y urgentes problemas de la vida». No sabía qué hacer. Desesperado, pensaba en cambiarse a química o irse a París un año a probar «el divino cancán y el veneno amarillo de la absenta». De pronto un día consiguió ser presentado al compositor Richard Wagner, que estaba de visita clandestina en la ciudad. (Wagner había sido desterrado 20 años antes, debido a sus actividades revolucionarias, y la expulsión permanecía vigente, a pesar de que había transformado sus ideas políticas extremistas desde la izquierda a la derecha).

Wagner había nacido el mismo año que

el padre de Nietzsche y se cuenta que guardaba un parecido sorprendente con él. Nietzsche sentía la necesidad desesperada —en gran medida inconsciente— de una figura paterna. Nunca antes había conocido a un artista famoso, ni a alguien cuyas ideas parecieran estar tan de acuerdo con las suyas; durante su breve encuentro, Nietzsche descubrió el profundo amor de Wagner por Schopenhauer. Wagner, halagado por las atenciones del joven y brillante filósofo, desplegó todos sus considerables encantos, que produjeron en Nietzsche un efecto inmediato y profundo; quedó abrumado por el gran compositor, cuyo carácter teatral iba a la par de sus óperas.

Dos meses más tarde, ofrecieron a Nietzsche el puesto de profesor de filología en la Universidad de Basilea, en Suiza. Solo contaba veinticuatro años y aún no había terminado su doctorado; era esta una oferta que no podía rechazar, a pesar de sus reservas respecto de la filología; tomó posesión de su cátedra en abril de 1869 y enseguida empezó a dar cursos suplementarios de filosofía; quería combinar la filosofía con la filología, el estudio de la estética y de los clásicos, forjando con el conjunto un instrumento para analizar nada menos que los fallos de nuestra civilización. Pronto se hizo notar como la joven estrella ascendente de la universidad y conoció a Jacob

Burckhardt, el gran historiador de la cultura que también enseñaba en la facultad. Burckhardt, el primero en elaborar el concepto histórico de Renacimiento, era, entre los profesores, el único de un calibre similar al de Nietzsche, y puede que la única persona a la que Nietzsche guardó respeto toda su vida. Quizás habría podido Burckhardt ejercer una influencia estabilizadora en Nietzsche, pero su reserva patricia lo impidió. Además, el papel de figura paterna estaba ya ocupado por otra influencia mucho menos estabilizadora.

En Basilea estaba Nietzsche a tan solo 60 kilómetros de Tribschen, donde

Wagner había fijado su residencia con Cosima, la hija de Liszt (todavía casada con un amigo común de Liszt y Wagner, el director de orquesta Von Bülow). Enseguida empezó Nietzsche a visitar todos los fines de semana la suntuosa villa de Wagner a orillas del lago Lucerna. Pero la vida de Wagner era operática, y no solo en términos musicales, emocionales y políticos; Tribschen era como una ópera en sí misma y no había la menor duda de a quién le tocaba el papel principal. Vestido al «estilo flamenco» (una mezcla de Holandés Errante y Rubens en ropa de fantasía), Wagner se paseaba entre paredes de satén rosa y querubines rococó en sus calzones de satén negro,

boina escocesa y corbatas de seda de anchos nudos, declamando entre bustos de él mismo, grandes óleos (con el mismo tema) y copas de plata conmemorativas de representaciones de sus óperas. Se respiraba incienso en el aire y, con él, solo la música del maestro. Mientras, Cosima ayudaba al histrionismo de su compañero y cuidaba de que nadie escapara con los corderos perfumados, los perros «wolfhounds» con cintas o los pollos adornados, todos vagando por el jardín.

No es fácil entender que todo esto cautivara a Nietzsche. En realidad, es difícil entender que cautivara a nadie. (Las extravagancias de Wagner le

mantenían en continua quiebra y tenía que recurrir a una serie de benefactores ricos, entre ellos el rey Ludwig de Baviera, que aportaba grandes sumas de la hacienda pública). Solo al escuchar la música de Wagner se puede concebir su profunda capacidad de persuasión y el encanto fatal de su carácter. El inmaduro Nietzsche sucumbió pronto al hechizo de esta embriagadora atmósfera, donde motivos musicales de una fantasía inconsciente permeaban los salones rococó. Wagner era quizá como un padre, pero Nietzsche se descubrió un prurito edípico por Cosima; sin atreverse a declararlo (ni siquiera a sí mismo), se enamoró de ella.

En julio de 1870 estalló la Guerra Franco-Prusiana; era esta la oportunidad para Prusia de vengarse de su derrota frente a Napoleón, su ocasión de conquistar Francia y establecer Alemania como la mayor potencia en Europa. Lleno de fervor patriótico, se alistó voluntario como enfermero. Al pasar por Fráncfort en su camino hacia el frente, pudo ver las filas de caballería repiqueteando por las calles en sus brillantes uniformes de gala. Era como si una venda cayera de sus ojos. «Por primera vez sentí que la más alta y más fuerte Voluntad de Vida no se encuentra en la lucha por la existencia, sino en la voluntad de poder, una voluntad de guerra y dominación». Había nacido la

voluntad de poder, que aunque habría de sufrir modificaciones considerables, hasta verse al final en términos individuales y sociales más que en los puramente militares, nunca se liberaría totalmente de su inspiración guerrera original.

Mientras Bismarck aplastaba a los franceses, Nietzsche descubría que no todo es gloria en la guerra. Se encontró atareado en el campo de batalla de Wörth con una escena de «todo salpicado de restos humanos, con el hedor acre de los cadáveres». Tuvo que atender después, en un camión de ganado, a seis heridos en un viaje de más de dos días. Encerrado entre huesos

rotos, carne gangrenada y soldados moribundos, Nietzsche hizo virilmente lo mejor que pudo, pero cuando llegaron a Karlsruhe, él mismo era un hombre roto. Fue enviado a un hospital, enfermo de disentería y difteria.

Al cabo de dos meses, Nietzsche estaba enseñando de nuevo en Basilea, a pesar de la traumática experiencia, y continuó con su sobrecarga de trabajo, dando clases de filosofía y filología, además de comenzar a escribir *El nacimiento de la tragedia*. Este análisis de la cultura griega, brillante y muy original, resalta el contraste entre el elemento claro y distinto, apolíneo, de la contención clásica con las fuerzas dionisiacas,

instintivas y más oscuras. Según Nietzsche, el gran arte griego de la tragedia se origina en una fusión de estos dos elementos y fue finalmente destruido por el superficial racionalismo de Sócrates. Era esta la primera vez que se destacaba el lado más oscuro de la cultura griega, y la caracterización que de él hizo Nietzsche produjo grandes controversias. El mundo clásico era sagrado durante el siglo XIX; sus ideales de justicia, cultura y democracia complacían a la imagen que de sí se hacían las clases medias emergentes. Nadie quería oír que esto había sido un gran error. Todavía más polémico era el uso frecuente que Nietzsche hacía de Wagner y de su

«música del futuro» para ilustrar sus razonamientos filosóficos. De hecho, como escribió a su editor: «El propósito auténtico [de este libro] es esclarecer a Richard Wagner, ese extraordinario enigma de nuestro tiempo, en su relación con la tragedia griega». Solo Wagner lograba combinar los dos elementos apolíneo y dionisiaco en la manera de la tragedia griega.

Este énfasis en el poderoso elemento dionisiaco había de ser parte esencial de la filosofía posterior de Nietzsche; ya no podía estar de acuerdo con el Schopenhauer de la «Negación budista de la Voluntad»; por el contrario, opuso lo dionisiaco contra los elementos

cristianos que, según él, habían debilitado la civilización. Comprendió la doblez de la mayoría de nuestros impulsos; incluso los considerados más puros tienen su lado oscuro o degenerado. «Todo ideal presupone amor y odio, reverencia y desprecio. El impulso esencial puede surgir tanto del lado positivo como del negativo». Pensaba que el cristianismo había partido del negativo y se había asentado en el Imperio romano como la religión de los oprimidos y de los esclavos. Esto era evidente en su actitud frente a la vida en general; constantemente trataba de dominar nuestros poderosos instintos positivos. Esta negación era consciente (al abrazar el ascetismo y la negación de

uno mismo) a la vez que inconsciente (en lo que respecta a la humildad, que él veía como la expresión inconsciente del resentimiento, una inversión de la agresividad por el débil).

De igual manera, Nietzsche atacaba la compasión, la represión de los sentimientos auténticos y la sublimación del deseo implicadas en el cristianismo, en favor de una ética más fuerte y más próxima al origen de los sentimientos. Dios había muerto y la era cristiana había terminado. La peor parte del siglo XX demostró que tenía razón; la mejor, que muchos de los mejores elementos «cristianos» no dependen de la creencia en Dios. Si vivimos hoy, o no, más cerca

de nuestros sentimientos básicos sigue siendo discutible.

Wagner era un artista eminente, pero no estaba a la altura de un pensamiento filosófico de este calibre. Poco a poco, Nietzsche comenzó a ver a través del disfraz intelectual de Wagner. Wagner era un ego andante, enorme y de poderosa intuición, pero su amor por Schopenhauer era pasajero, solo grano para el molino de su arte. Anteriormente, Nietzsche había pasado por alto ciertos desagradables aspectos de Wagner, como su antisemitismo, su presuntuosa arrogancia y su resistencia a reconocer las capacidadaes o las necesidadaes de nadie que no fuera él

mismo. Pero había límites. Por entonces se había trasladado Wagner a Bayreuth, donde el rey Ludwig de Baviera le estaba construyendo un teatro que se dedicaría exclusivamente a la representación de sus óperas (un proyecto que contribuiría a la quiebra de la hacienda bávara y propiciaría la destitución de Ludwig). En 1876, Nietzsche llegó a Bayreuth para el estreno del ciclo del Anillo de Wagner, pero cayó enfermo, casi con certeza por causas psicosomáticas. La megalomanía y la decadencia del gran arte eran demasiado para él, y tuvo que partir.

Dos años después, Nietzsche publicó su colección de aforismos *Humano,*

demasiado humano, que culminó la ruptura con Wagner. Las alabanzas de Nietzsche al arte francés, su perspicacia psicológica y la deflación de sus pretensiones románticas, además de su cabal clarividencia, eran demasiado para Wagner. Todavía peor, el libro no contenía ninguna publicidad gratuita para «la música del futuro».

Más importante, quizá, es que esta obra también le causó el distanciamiento de algunos de los admiradores más auténticamente filosóficos de Nietzsche. Esto se debió, irónicamente, a la razón por la que es hoy universalmente apreciado (incluso por aquellos que aborrecen su filosofía). En esta obra,

Nietzsche comenzó la evolución del estilo que le convertiría en un maestro de la lengua alemana. (Tarea no pequeña con un idioma como el alemán, que ha vencido a algunos de sus escritores más estimados). El estilo de Nietzsche había sido siempre claro y combativo, sus ideas, concentradas, pero inmediatamente comprensibles; pero ahora empezó a escribir aforismos. En lugar de usar razonamientos complicados, prefería presentar sus ideas como una serie de visiones penetrantes, pasando ágilmente de un tópico a otro.

Nietzsche filosofaba con los pies en la tierra en más de un sentido. Sus mejores

ideas le venían durante largas caminatas por los campos suizos; a veces, decía, había hecho marchas de más de tres horas, a pesar de su frágil salud (si bien esto podría ser una proyección de la voluntad de poder, más que su auténtica manifestación). Se ha dicho que el estilo aforístico de Nietzsche se debía a su costumbre de apuntar sus pensamientos en un cuaderno, cuando iba en sus marchas. Sea como fuere, el caso es que este hábito aforístico de Nietzsche resultaría en un estilo sin paralelo en Europa durante el siglo XIX. Así se entiende en general (y el propio Nietzsche seguramente habría estado también de acuerdo). El siglo XIX fue una época de grandes estilistas, pero con

la excepción del *enfant terrible* Rimbaud, ningún otro escritor presintió la revolución lingüística que se avecinaba, en busca de la sustancia más que de la facilidad. En la prosa de Nietzsche se puede escuchar ya la voz del siglo XX: este era el lenguaje del futuro.

Pero todo esto no sucedió de golpe. Cuando Nietzsche escribió *Humano, demasiado humano,* estaba empezando a encontrar su voz, y sus ideas tenían todavía que encontrar su marca. Esta obra está llena de una cantidad sorprendente de hallazgos psicológicos. «El fantasioso se niega la realidad a sí mismo, el mentiroso solamente a los

demás». «La madre del exceso no es la alegría, sino la falta de alegría». «Todos los poetas y escritores enamorados del superlativo quieren más de lo que pueden». «Una agudeza es un epigrama a la muerte de un sentimiento». Sin embargo, al final resulta excesivo. Sus admiradores le objetaban que no estaba escribiendo filosofía, y tenían razón. Era psicología (aunque de tal calidad que una décadas después Freud decidió no leer más a Nietzsche, por temor a descubrir que no había nada más que decir sobre el tema). Pero la mezcla de aforismos y psicología no es el camino hacia una obra extensa y coherente. Por debajo de las observaciones psicológicas, apenas yacía una línea que

uniera los razonamientos, de modo que la obra de Nietzsche fue tildada de no sistemática, etiqueta que, injustamente, nunca habría de perder. A causa de su estilo aforístico, parecía no sistemático, peros sus ideas son tan coherentes y estrechamente razonadas como las confinadas dentro de un gran sistema filosófico.

Era, naturalmente, asistemático en el sentido de que su filosofía significaba el fin de todos los sistemas; o así debería haber sido, aunque siempre hay alguien dispuesto a hacer un nuevo intento. (Justamente por ese tiempo estaba Karl Marx trabajando duramente en el Museo Británico).

A pesar de sus fallos, *Humano, demasiado humano* marca el surgimiento de Nietzsche como el psicólogo más fino de su época; una hazaña, si se tiene en cuenta su falta de experiencia social. Era esencialmente un pájaro solitario; apenas si conocía a nadie, en el sentido comúnmente aceptado. No tenía verdaderos amigos. A lo largo de toda su vida mantuvo relación con unos pocos admiradores próximos, pero su obsesión consigo mismo le impedía entrar en el toma y daca de una verdadera amistad. ¿Cómo, pues, pudo adquirir tan profundos conocimientos psicológicos? Muchos comentaristas son de la opinión de que la fuente de Nietzsche en esta esfera era

un solo hombre, Richard Wagner. Es posible; ahí había un filón de excentricidades con el que trabajar. Pero esos comentaristas pasan por alto que Nietzsche se conocía a sí mismo bastante bien (aunque con intermitencias, y a menudo un poco selectivamente).

Las observaciones psicológicas de Nietzsche son de aplicación universal, a pesar de sus fuentes eclécticas: un filósofo misántropo y un compositor megalómano. Pero el acceso de Nietzsche a su fuente psicológica principal estaba llegando a su fin. Después de la publicación de *Humano, demasiado humano*, la ruptura con

Wagner era inevitable. El mundo para el que Nietzsche se estaba preparando era el Mundo Feliz de Huxley, mientras que Wagner se estaba embarcando en su obra final, *Parsifal*, que marcaba el final de su interés por Schopenhauer y su vuelta al redil del cristianismo. Sus caminos se habían separado para siempre. Se ha dicho que Nietzsche solo conoció de verdad a un hombre en su vida y que este hombre le suministró suficiente material para ser el más grande psicólogo de su época. Así era Wagner.

En 1879, Nietzsche se vio obligado a renunciar a su puesto en Basilea por causa de su continua enfermedad. Su salud había sido frágil durante años y

ahora era un hombre muy enfermo. Se le concedió una pequeña pensión y se le aconsejó residenciarse en un clima más clemente.

Los 10 años siguientes, Nietzsche deambuló por Francia y Suiza, en búsqueda constante de un clima que aliviara sus enfermedades. ¿Qué le pasaba? Casi todo, al parecer. Su vista había disminuido hasta el punto de que estaba casi ciego (el doctor le aconsejó que dejara de leer; igual podía haberle recomendado que dejara de respirar). Sufría de violentos dolores de cabeza que le incapacitaban en cama por días y días, y era, por lo general, un cúmulo de dolencias y achaques físicos. Sobre su

escritorio, la colección de elixires, medicamentos, píldoras, tónicos, polvos y pociones le situaban como clase especial, incluso entre los filósofos hipocondriacos. Y sin embargo, este era el hombre que concibió la idea del superhombre. El elemento de compensación psicológica en esta idea no debería quitarle su puesto central entre las otras ideas, más aceptables, de Nietzsche. Quizá este elemento fue el grano de arena en la ostra que produjo tal perla de irreflexión.

El superhombre hizo su aparición en *Así habló Zaratustra,* un largo poema «ditirámbico» de casi insoportable ampulosidad y seriedad, cuya total falta

de humor no se ve aliviada por los intentos del autor de introducir «ironía» y plúmbea «ligereza». Como Dostoievski y Hesse, es ilegible salvo por los adolescentes, pero la experiencia de esta obra a tal edad puede «cambiar la vida»; y no siempre para lo peor. Las ideas estúpidas son fácilmente identificables y el resto son un antídoto retador ante muchas nociones comúnmente aceptadas, al exigir que uno piense profundamente por sí mismo. La filosofía en cuanto tal es prácticamente inexistente, pero las exhortaciones a filosofar —pensar por uno mismo— son poderosas, como lo son las caracterizaciones de nuestra condición. «¿Hay ya un arriba y un

abajo? ¿No vamos a la deriva a través de la nada infinita?… ¿Es que una noche cada vez más oscura se cierra en nuestro derredor? ¿No necesitamos linternas en la mañana? ¿Estamos todavía sordos al ruido de los sepultureros que cavan la tumba de Dios? ¿No notamos el hedor de la putrefacción divina?… Lo más sagrado y más poderoso del mundo sangrado hasta la muerte por nuestros cuchillos… Hazaña mayor no se hizo nunca, y gracias a ella quienquiera que venga después de nosotros vivirá en una historia más elevada que ninguna antes». Casi un siglo después, los existencialistas franceses expresaban pensamientos de este tenor —en términos menos borrascosos— y fueron

saludados como la vanguardia del pensamiento moderno.

En su interminable viaje por los balnearios y lugares de descanso de inviernos suaves, Nietzsche fue presentado por su amigo Paul Rée a una rusa de veintiún años llamada Lou Salomé. Rée y Nietzsche (por separado y juntos) daban largos paseos con ella y trataban de llenar su cabeza de ideas sobre filosofía. (Zaratustra fue presentado a Lou como «el hijo que nunca tendré», por suerte para el joven Zaratustra, y no solo por la atención que su nombre podría haber atraído en el patio de la escuela). Lou, Nietzsche y Rée se vieron enredados en un arreglo

triangular inconcebible en una época en la que nadie entiende ni una pizca de *savoir-faire* sexual. Al principio, los tres declararon que estudiarían filosofía y vivirían juntos en un platónico *ménage à trois*. Entonces, Rée y Nietzsche (por separado) confesaron que estaban enamorados de Lou y decidieron declarársele. Por desgracia, Nietzsche cometió el ridículo error de pedir a Rée que transmitiera su propuesta. (Esto no invalida la pretensión de Nietzsche de ser el mejor psicólogo de su época, como puede atestiguar cualquiera que haya tenido que ver con la vida amorosa de un psicólogo). Quién tenía el control de esta situación se ve claramente en una fotografía de estudio de los tres en

Lucerna. Los dos vírgenes emocionales (de treinta y ocho y treinta y tres años de edad) arrastran un carro en el que está montada una auténtica virgen que maneja un látigo. Finalmente, los tres se vieron incapaces de continuar con la farsa y se separaron. Nietzsche estaba tan turbado que escribió: «Esta noche tomaré opio hasta enloquecer», pero pronto decidió que Lou no merecía ser la madre, o la hermana, del bebé Zaratustra. (Lou se convertiría en una de las mujeres más notables de su tiempo. Después de adoptar el nombre Andreas Salomé de su marido preferido, un profesor alemán, ejercería una profunda influencia en otros dos personajes de su tiempo al tener una relación inspiradora con el

gran poeta lírico alemán Rilke y una amistad íntima con el Freud maduro).

Después de pasar los inviernos en Niza, Turín, Roma o Menton, Nietzsche veraneaba «a 1500 metros sobre el mundo y a mayor altura aún sobre los seres humanos» en Sils Maria, una aldea al lado de un lago en la Engadina suiza. Sils Maria es ahora un agradable y pequeño lugar de vacaciones (a solo unos 11 kilómetros de St. Moritz), donde todavía se puede ver la sencilla habitación en la que Nietzsche acostumbraba alojarse y colocar su cofre de medicinas. Aquí, las montañas suben escarpadas desde la orilla del lago hasta la cumbre cubierta de nieve, a

4300 metros, del monte Bernina, que forma frontera con Italia. Desde detrás de la casa se pueden seguir las sendas que llevan a las montañas donde Nietzsche solía pasear y pensar su filosofía, haciendo pausas para anotar sus conclusiones en un cuaderno, junto a un peñasco solitario o un torrente espumante. Parte de la atmósfera de esta región —los picos remotos, las vistas panorámicas, el sentido de grandeza solitaria— se desliza en el tono de sus escritos. Cuando se ven los lugares donde Nietzsche pensaba, se explican mejor algunos de sus errores y virtudes.

Nietzsche vivía, por lo general, en total aislamiento, alojándose en habitaciones

sencillas, trabajando continuamente y comiendo en restaurantes baratos, mientras medicaba lo mejor que podía sus cegadores dolores de cabeza y sus numerosos achaques. No le era inusual pasar noches enteras tratando de vomitar y, con frecuencia, quedaba incapacitado tres o cuatro días de una semana. Para colmo, esta situación se iba haciendo permanente y, sin embargo, cada año producía un libro de calidad sorprendente, obras como *Aurora, La gaya ciencia* y *Más allá del bien y del mal,* con críticas soberbias a la civilización occidental, sus valores, su psicología y sus neurosis. Su estilo es claro y aforístico y sus ideas rara vez carecen de sentido. No es una filosofía

sistemática, sino un filosofar del más alto nivel. Muchos (en verdad, la mayoría) de los valores fundamentales del hombre y de la civilización occidentales se ponen a prueba dejando al descubierto sus carencias. Como dijo en su cuaderno no publicado, «El cristianismo llega a su fin destruido por su propia (irremplazable) moral, que se vuelve contra el Dios cristiano (el sentido de la veracidad, en alto grado desarrollado por el cristianismo, se asquea de la falsedad y mendacidad de todas las interpretaciones cristianas del mundo y de la historia. Se retira del "Dios es verdad" a la fanática fe del "Todo es falso")». Nunca se ha hecho un mejor trabajo de demolición, si bien

mucho de lo puramente filosófico en esa labor había sido ya llevado a cabo, más de un siglo antes, por Hume. (Pero tenía que rehacerse, debido al resurgimiento de los sistemas filosóficos alemanes).

Durante la década de 1880 continuó Nietzsche trabajando en soledad, desconocido y sin lectores, esforzándose cada vez más en la medida en que encontraba insoportables su total soledad y su falta de reconocimiento. En 1888, el profesor judío danés Georg Brandes comenzó a dar clases sobre la filosofía de Nietzsche en la Universidad de Copenhague, pero ya era demasiado tarde. En 1888 terminó Nietzsche no menos de cuatro libros, aunque se

empezaban a ver sus grietas. Era una gran mente, y él lo sabía; era imperativo que el mundo lo supiera también. En *Ecce Homo* describe *Así habló Zaratustra* como «el libro más elevado y más profundo que existe», una expresión que pone a prueba tanto los altímetros como la credulidad. Por si esto no fuera suficiente, siguen capítulos titulados «Por qué soy tan sabio», «Por qué escribo tan grandes libros» y «Por qué soy el destino», en los que da consejos contra el alcohol, sugiere el uso de cacao sin grasa y recomienda sus hábitos de hacer de vientre. La ampulosidad y el ensimismamiento reaparecían con creces, en forma de locura.

El final llegó en enero de 1889. Se hundió mientras caminaba por una calle de Turín, cuando abrazó, llorando, el cuello de un caballo que acababa de recibir un latigazo de su dueño. Se le ayudó hasta llegar a su cuarto donde escribió tarjetas a Cosima Wagner («Te amo, Ariadna»), al rey de Italia («Mi querido Umberto… Estoy mandando ajusticiar a todos los antisemitas»), y a Jacob Burckhardt (firmando como «Dioniso»). Burckhardt comprendió lo que había sucedido y pasó la tarjeta a un amigó de Nietzsche, que fue inmediatamente a recogerlo.

Nietzsche estaba ahora clínicamente loco y nunca más se recuperó. Con toda

probabilidad, su mal no habría tenido cura tampoco hoy. Fue causado por el exceso de trabajo, la soledad y los sufrimientos, pero la causa primordial fue la sífilis, que había alcanzado el estado terciario, que implica, al parecer, «parálisis mental». Después de una breve estancia en un asilo, Nietzsche fue dejado al cuidado de su madre. Era inofensivo y vivía la mayor parte del tiempo en un trance catatónico que le reducía a un estado casi vegetal. Parece haber tenido un vago recuerdo de su vida pasada durante sus momentos más lúcidos. Al dársele un libro, comentó «¿No escribí yo también buenos libros?».

Después de la muerte de su madre en 1897, fue atendido por su hermana Elisabeth Förster-Nietzsche; esta era la última persona a quien confiar su cuidado. La hermana menor de Nietzsche se había casado con Bernard Förster, un director de escuela fracasado que se hizo antisemita notorio. Nietzsche le despreciaba tanto como hombre como por sus ideas. Förster había fundado una colonia de raza aria, llamada Nueva Germania, en Paraguay, con labradores pobres de Sajonia. Acabó estafándoles y suicidándose después. (Todavía existen en Paraguay los restos de Nueva Germania, donde la «raza de amos» vive en forma muy parecida a la de los indios del lugar, virtualmente indistinguibles

excepto por su cabello rubio). Cuando Elisabeth regresó a Alemania y se hizo cargo de su hermano enfermo, decidió hacer de él un gran personaje. Lo trasladó a Weimar, a causa de su asociación con la alta cultura por Goethe y Schiller, con la idea de fundar un archivo Nietzsche, y empezó a corregir los cuadernos no publicados de su hermano, insertando ideas antisemitas y párrafos laudatorios sobre ella misma. Se publicaron estos cuadernos como *La voluntad de poder,* que ha sido expurgada de esta basura por el gran erudito en Nietzsche Walter Kaufmann, para ser, posiblemente, la más grande obra de Nietzsche.

Nietzsche comienza por expresar la condición de la era venidera: «Lo decisivo en la moral es el escepticismo. El final de la interpretación moral del mundo, que después de haber tratado de escapar hacia un más allá metafísico ya no cuenta con ninguna sanción, es lo que lleva al nihilismo. “Nada tiene sentido” (lo insostenible de la interpretación [cristiana] del mundo, en el que tan inmensa cantidad de energía ha sido derrochada, despierta la sospecha de que *todas* las interpretaciones del mundo son falsas).» Parecería que se vuelve superflua toda filosofía, pero Nietzsche continúa sin embargo, animoso: «Todo el aparato de conocimiento es para la abstracción y la

simplificación, dirigido no al conocimiento, sino a tomar posesión de las cosas: “fines” y “medios” están tan lejanos de su esencia natural como los “conceptos”». Y muestra lo que es el conocimiento: «Todos nuestros órganos destinados a conocer y nuestros sentidos se desarrollan solo como medios de preservación y crecimiento. La confianza en la razón y sus categorías, en la dialéctica, y, por tanto, la valoración de la lógica, prueban solo una utilidad para la vida que se demuestra por la experiencia, no que algo sea verdad». Sus observaciones psicológicas siguen tan perspicaces como siempre, pero ahora pasan de la ojeada a la visión fundamental (y

peligrosa). «El placer aparece cuando hay un sentimiento de poder y victoria. El progreso estriba en el fortalecimiento del tipo, en la aptitud para el uso fuerte de la voluntad. Todo lo demás es un peligroso malentendido».

Nietzsche llegó hasta el siglo XX, cuya naturaleza había pronosticado tan bien. Ya solo un pequeño y pálido rostro con un enorme bigote militar, con apenas idea de quién era y de dónde estaba, murió finalmente el 25 de agosto de 1900.

Epílogo

Nietzsche murió dos veces: su mente en 1889 y su cuerpo en 1900. Entre esas fechas, su obra cobró vida propia, lazando a Nietzsche desde la casi total oscuridad hasta el reconocimiento intelectual en todo el mundo. Nietzsche lo habría considerado justo, pero su fama había de sobrepasar sus propias fantasías megolómanas; se extendió más allá del campo de la filosofía, debido en gran parte al atractivo de Nietzsche para los escritores. La lista de los personajes importantes del siglo XX en los que influyó Nietzsche incluye a Yeats,

Strindberg, O'Neill, Shaw, Rilke, Mann, Conrad, Freud e innumerables otros de menor importancia que quedaron deslumbrados por sus ideas. La suya era una filosofía diferente, tenía estilo además de lucidez; por fin una filosofía que se podía leer y que además, al estar escrita en forma de aforismos, uno tenía tiempo para leerla (o trozos de ella).

Y ese fue precisamente el problema, pues ideas como La voluntad de poder y el Superhombre se hicieron lugar común y se abusó de ellas ampliamente. El superhombre de Nietzsche fue secuestrado por los grupos racistas. Los antisemitas primero, luego los fascistas, sacaban notas de la obra de Nietzsche

sin preocuparse por el contexto. La propia libertad de la filosofía de Nietzsche fue su ruina.

La filosofía de Nietzsche se desacreditó gravemente de resultas del mal uso que se hizo de ella durante la primera mitad del siglo XX, y en consecuencia, es casi imposible hablar de muchas de las ideas de Nietzsche en la manera en que él quería que fueran entendidas (en particular, sus ideas acerca del superhombre, «disciplina», «casta» y otras similares). La libertad poética de muchos de sus escritos dejó la puerta abierta a una horrible parodia; por suerte, también dejó expuestos al ridículo tales tópicos peligrosos, que es

quizá la respuesta contemporánea más adecuada. Pero es bueno recordar que Nietzsche dejó muy claras sus opiniones sobre el racismo, el antisemitismo y actitudes parecidas: «La homogeneización del hombre europeo es un proceso tan grande que no puede ser detenido, se debiera incluso acelerar». Cuando los nazis intentaron subirlo en su carro como filósofo oficial, y Hitler besó la mano de Elisabeth Förster-Nietzsche a la entrada del Archivo Nietzsche en Weimar, fueron los nazis los que entraron en el reino de la completa locura, no la filosofía de Nietzsche.

Conceptos filosóficos clave en Nietzsche

Nietzsche escribió generalmente su filosofía en forma de aforismos y no siguiendo un método. Su actitud es, en su mayor parte, consistente, aunque su pensamiento se desarrolla constantemente en diferentes direcciones, a lo que se debe el que frecuentemente parezca contradecirse a sí mismo, o prestarse a interpretaciones en conflicto. La suya fue una filosofía de

visiones penetrantes, no un sistema. Sin embargo, algunas palabras y conceptos vuelven una y otra vez en su obra y en ellos sí se pueden detectar los elementos de un sistema.

La voluntad de poder

Este es el concepto más importante de la filosofía de Nietzsche; lo desarrolló a partir de dos fuentes: Schopenhauer y los antiguos griegos. Schopenhauer había adoptado la idea oriental de que el universo es impulsado por una vasta voluntad ciega. Nietzsche reconoció la fuerza de esta idea y la trasladó a términos humanos, y, a la vez, como resultado de sus estudios sobre los antiguos griegos, dedujo que la fuerza impulsora de la civilización había sido la búsqueda del poder, más que la de lo útil o inmediatamente beneficioso.

Así pues, Nietzsche concluyó que a la humanidad la dirige una voluntad de poder y que el impulso básico de nuestros actos se remonta a esta única fuente. A veces se transforma su expresión primaria, pero está siempre allí. El cristianismo predica lo opuesto, con sus ideas de humildad, amor fraterno y compasión, pero, en realidad, esto no es más que una perversión sutil de la voluntad de poder. El cristianismo es una religión nacida dentro de la esclavitud en la era romana y nunca se ha desprendido de su mentalidad de esclavos; es la voluntad de poder de los esclavos en lugar de la más abierta voluntad de poder de los poderosos.

La voluntad de poder de Nietzsche demostró ser una herramienta muy útil a la hora de analizar las motivaciones humanas. Actos que antes habían parecido nobles o desinteresados y honorables, se revelaban ahora como decadentes o enfermizos.

Pero Nietzsche no supo responder a dos objeciones fundamentales. Si la voluntad de poder era la única vara de medir, ¿cómo, sino degenerados y pervertidos, habrían de parecer los actos que no seguían sus dictados inmediatos? Tomemos, por ejemplo, la vida de un santo o la de un filósofo ascético como Spinoza (a quien Nietzsche admiraba). Decir que el santo o el filósofo ascético

estaban ejercitando la voluntad de poder sobre sí mismos hacía del concepto algo tan flexible que le quitaba todo significado. En segundo lugar, la noción de Nietzsche de la voluntad de poder es circular: si nuestros intentos de comprender el universo están inspirados por la voluntad de poder, con seguridad, el concepto de voluntad de poder está inspirado por el intento de Nietzsche de comprender el universo.

Pero la última palabra sobre este penetrante, pero peligroso, concepto, sería la del propio Nietzsche: «La forma de esta búsqueda de poder ha cambiado a través de los siglos, pero su origen es siempre el mismo volcán… Lo que una

vez hicimos "por amor a Dios" lo hacemos ahora por amor al dinero… Esto es lo que, en el presente, proporciona la más alta sensación de poder» [*Die Morgenröte [Aurora]*, 204].

El eterno retorno

Según Nietzsche, debemos actuar como si la vida que estamos viviendo se fuera a repetir una y otra vez por siempre. Cada instante que hemos vivido tendremos que volver a vivirlo muchas veces, eternamente.

Esto es esencialmente una fábula metafísica y moral, pero Nietzsche insiste en usarla como si creyera en ella. La describió como su «fórmula para la grandeza del ser humano».

Esta acentuación máxima e

imposiblemente romántica en la importancia del momento se debe entender como una exhortación a vivir nuestras vidas al máximo. Como idea poética secundaria, tiene alguna fuerza; como idea filosófica o moral, es en esencia superficial y no resiste el mínimo análisis. El cliché «Vive la vida al máximo» dice algo, al menos, si bien vago, pero la idea del eterno retorno resulta, si se la estudia, sin sentido. ¿Recordamos todas nuestras vidas anteriores? Si fuera así, haríamos seguramente cambios y, si no, no tienen ninguna importancia. Hasta una imagen poética que intenta llamar la atención —y esta es una— debe tener más sustancia, si pretende ser algo más que

mera poesía; es, simplemente, demasiado nebulosa para ser usada como un principio, que es lo que intentaba Nietzsche.

El superhombre

El superhombre de Nietzsche no tiene nada en absoluto que ver con ese personaje con capa que vuela por los aires en las historietas de Supermán. Habría sido mejor si el héroe de Nietzsche hubiera adoptado algunos valores de este personaje; al menos, Clark Kent tiene una moral ingenua que intenta imponer en un mundo áspero, a la par que eficiente, de tipos buenos y tipos malos. El superhombre de Nietzsche no tenía que habérselas con ningún freno moral; su única «moral» era la voluntad de poder. La descripción de Nietzsche

lo muestra como habitante de un mundo tan lleno de simplezas como una historieta.

El prototipo del Superhombre de Nietzsche fue su Zaratustra, un personaje intratablemente serio y aburrido, cuya conducta mostraba síntomas peligrosamente psicóticos. Admitamos que la historia de Zaratustra intenta ser una parábola, pero ¿una parábola de qué? Una parábola del comportamiento humano, se puede responder. Las parábolas que Cristo predicó en el Sermón de la montaña parecen puerilmente simples pero, si se reflexiona, no son ni infantiles ni sencillas; son profundas. La parábola de

Zaratustra es puerilmente simple y sigue así si se reflexiona. Y, a pesar de ello, su mensaje es profundo. Nietzsche predica nada menos que el derrocamiento de los valores cristianos: cada individuo debe tomar la absoluta responsabilidad de sus actos en un mundo sin dios. Debe construir sus propios valores en una libertad sin trabas. No hay sanción, ni divina ni de otra clase, para sus acciones. Nietzsche previó que esta sería la condición del siglo XX. Por desgracia, también dio prescripciones de cómo comportarnos en tal situación. Los que siguieran sus recetas (las fastidiosas bufonadas de Zaratustra) serían superhombres.

Pero ¡ay!, el superhombre de Nietzsche había de ser algo más que el personaje divertido de historia que merecía ser. En *Así habló Zaratustra,* Nietzsche anuncia (por boca de su héroe): «¿Qué es el mono para el hombre? Algo ridículo o una vergüenza penosa, y eso justamente será el hombre para el superhombre» [*Así habló Zaratustra,* Primera Parte, Prólogo de Zaratustra, Parte 3]. En otro lugar, proclama: «El objetivo de la humanidad no puede residir, en última instancia, sino en sus especímenes más elevados» [*Genealogía de la moral,* Segunda Meditación, Sección 9]. En este contexto, empieza a unir a la idea de superhombre, de manera incoherente y confusa, las nociones de «nobleza» y

«sangre», si bien no está hablando en términos de aristocracia de raza. Se refirió una vez al «Almanaque de Gotha; un recinto de asnos» [*La voluntad de poder,* 942 —edición revisada en 1906 o 1911; en la edición Härtle, esta nota ha sido expurgada sin ningún comentario] y en otra ocasión afirma «Cuando hablo de Platón, Pascal, Spinoza y Goethe, sé que su sangre corre por mis venas» [Edición Musarion [1920-1929] de *Obras escogidas,* XXI, 98]. Un griego, un francés, un judío portugués y un alemán, todos antepasados del superhombre, dice Nietzsche.

De los escritos de Nietzsche[1]

Aforismos y frases notables

Dios ha muerto.

Vive peligrosamente.

¿Cuál es el mejor remedio? La victoria.

Aurora, 571

No hay en absoluto fenómenos morales, solo interpretaciones morales de los

fenómenos…

Más allá del bien y del mal, 108

La mejor cura para el amor es todavía la antigua medicina de siempre: el amor correspondido.

Aurora, Libro IV, 415

Las convicciones son enemigos de la verdad más peligrosos que las mentiras.

Humano, demasiado humano, Vol. I, Sec. 9, 483

Los que comprenden algo en todas sus profundidades, rara vez le permanecen fieles por siempre, pues han traído esas profundidades a la claridad del día: y lo que hay en las profundidades no suele ser agradable de ver.

Humano, demasiado humano, 489

Hasta a los más valientes les falta el valor para lo que realmente saben.

El crepúsculo de los ídolos, Máximas y Dardos, 2

Aquí Nietzsche es tan intrépido que ni siquiera teme caer en su propia trampa:

Opiniones públicas, pereza privada.

Del filosofar

Como un ejemplo de la enorme calidad del filosofar sostenido de Nietzsche, desmonta aquí nuestra noción de verdad y lo que ella supone (usar un razonamiento «verdadero» sin fallos en el proceso). Alcanza en el camino varias visiones originales, algunas particularmente oportunas en vista de lo que hemos hecho, y continuamos haciendo, a nosotros mismos y al planeta, en nombre de la ciencia. Las implicaciones de su razonamiento son hoy tan arrolladoras como lo fueron en su tiempo.

¿Qué es esta voluntad incondicionada hacia la verdad?… ¿Qué sabéis, para empezar, del carácter de la existencia que pudiera permitiros decidir si es más ventajoso estar del lado del que desconfía incondicionalmente que del lado del que confía incondicionalmente? Pero, si fueran ambos necesarios, el mucho confiar y el mucho desconfiar: ¿de dónde podría la ciencia tomar su fe incondicional, la convicción sobre la que descansa, de que la verdad es más importante que cualquier otra cosa, incluso más que cualquier otra convicción? Esta convicción no podría darse si ambas, verdad y falsedad, se

mostraran útiles continuamente, como es el caso. Así pues, la fe en la ciencia, que indiscutiblemente está ahí, no puede derivarse de tal cálculo utilitario sino, más bien, a pesar de que la inutilidad y la peligrosidad de la «voluntad hacia la verdad», de la «verdad a cualquier precio» se comprueban continuamente…

Por lo tanto, «la voluntad hacia la verdad» no quiere decir «no me dejaré engañar», sino —no hay alternativa— «no engañaré, ni siquiera a mí mismo», y con esto nos encontramos en terreno de la moral. Pues uno se preguntaría, con fundamento: «¿Por qué no quieres engañar?», sobre todo cuando parece —y sí lo parece— que la vida está sujeta a

la apariencia, esto es, al error, al engaño, a la falsedad, a la decepción, a la autodecepción, y cuando, por otra parte, la vida, de hecho, ha demostrado siempre estar del lado de la más desconsiderada multiplicidad. Tal intento, para decirlo suavemente, podría ser quizá quijotismo, un extravagante disparate; pero también podría ser algo peor, esto es, un principio destructor, hostil a la vida. «La voluntad hacia la verdad» podría ser una escondida voluntad hacia la muerte.

De este modo, la pregunta «¿Por qué ciencia?» retrotrae al problema moral. ¿Para qué moral?… Se habrá comprendido a dónde voy, esto es, a que

siempre hay una fe metafísica sobre la que descansa nuestra fe en la ciencia, a que también nosotros, los sabios de hoy, los sin dios y antimetafísicos, también encendemos nuestro fuego con la llama que encendió una fe de mil años, esa fe cristiana —que también fue la fe de Platón— que dice que Dios es la verdad, que la verdad es divina…

La gaya ciencia, Libro V, Sec. 344

Un razonamiento, solo en apariencia contradictorio con el anterior, que explica la superación del cristianismo:

El cristianismo llega a su fin por su propia (irremplazable) moral, que se vuelve contra el Dios cristiano (el sentido de la veracidad, en alto grado desarrollado por el cristianismo, se asquea de la falsedad y mendacidad de todas las interpretaciones del mundo y de la historia. Se retira del «Dios es verdad» a la fanática fe del «Todo es falso»…).

La voluntad de poder,Libro 1, Introducción

Una de las más sobrias recetas de Nietzsche para la superhumanidad y, de muchas maneras, una de las más

reveladoras:

¿Qué hace el héroe? Enfrentarse simultáneamente a los mayores sufrimientos y a las más altas esperanzas.

¿En qué crees? —En esto: en que deben determinarse de nuevo los pesos de todas las cosas.

¿Qué dice tu conciencia? —«Debes hacer de ti lo que eres».

¿Dónde están tus mayores peligros? —En la compasión.

¿Qué amas en los otros? —Mis esperanzas.

¿A quién llamas malo? —A aquel que quiere siempre avergonzar.

¿Qué es para ti lo más humano? —Ahorrarle a alguien la vergüenza.

¿Cuál es el sello de la verdad alcanzada? —No sentir nunca más vergüenza de uno mismo.

La gaya ciencia, Libro V, Sec. 344

Pensando peligrosamente:

De todo lo escrito, yo solo amo lo que se escribe con la propia sangre. Escribe con sangre: experimentarás que la sangre es espíritu…

Quiero tener duendes a mi alrededor, pues soy valeroso. El valor que ahuyenta los fantasmas, crea él mismo duendes. El valor quiere reír.

Ya no siento lo mismo que vosotros: esta nube que veo debajo de mí, esta oscuridad y pesantez de las que me río, esa es precisamente vuestra nube de tormenta.

Miráis hacia arriba cuando buscáis

exaltaros. Yo miro hacia abajo porque estoy exaltado.

¿Quién entre vosotros puede a la vez reír y estar exaltado?

El que escala la montaña más alta se ríe de todas las tragedias, reales o imaginarias.

Valiente, imperturbable, burlón, violento: así lo quiere la sabiduría, pues es mujer y solo ama al guerrero.

Así habló Zaratustra I. De leer y escribir

«El hombre es malo» —así me hablaron los más sabios, para consolarme. ¡Ah, si esto fuera todavía hoy verdad! Pues el mal es la mejor fuerza del hombre.

El hombre debe hacerse mejor y más malvado —esto es lo que yo enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre.

Quizá fue bueno para aquel predicador de las pequeñas gentes que sufriera y tomara sobre sí los pecados del hombre. Yo, por el contrario, me alegro de los grandes pecados como de mi gran consuelo.

Así habló Zaratustra IV. Del hombre más alto, 5

El superhombre Zaratustra canta himnos a los gozos del ardor solitario y a la expectativa de hacerlo todo de nuevo otra vez («el anillo del retorno» se refiere a la doctrina de Nietzsche del Eterno Retorno, que dice que nuestras vidas se repiten una y otra vez por siempre). No es preciso decir que esta inconscientemente jocosa pieza de exposición de sí mismo fue escrita para una audiencia prefreudiana.

Cuando bebí de un trago del espumeante jarro lleno de raíces y especias en el que todas las cosas están bien

mezcladas:

cuando mi mano mezcló lo lejano con lo cercano, fuego con espíritu, gozos y penas y lo mejor con lo peor:

cuando yo mismo soy un grano de esa sal salvadora que hace que todo se mezcle bien en el jarro:

pues hay una sal que une lo bueno con lo malo; pues también lo peor es digno de las raíces y hace espumar la mezcla:

¿cómo no iba yo a anhelar la eternidad y el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré mujer con la que

quisiera tener hijos, sino esta mujer que amo: pues te amo ¡Oh, Eternidad!

Pues te amo ¡Oh, Eternidad!

Así habló Zaratustra III. Los siete sellos, 4

Cuando desciende de tan sublimes regiones (y lenguaje), demuestra Nietzsche que es capaz de los más sucintos y penetrantes razonamientos:

La «cosa en sí misma» es un concepto sin sentido. Si le quito a una cosa todas las relaciones, todas las «propiedades» y todas las «actividades», no queda

nada: pues la cosidad ha sido inventada por nosotros solo para cumplir con los requisitos de la lógica; en otras palabras, con el fin de definir, de comunicar. (Para juntar la multiplicidad de relaciones, propiedades y actividades).

La voluntad de poder, 558

«Verdad»: según mi manera de pensar, no significa necesariamente la antítesis del error, sino, en los casos más fundamentales, la posición de varios errores en relación uno con otro. Quizá uno es más antiguo, más profundo, no extirpable, incluso, en cuanto que la

entidad orgánica que es nuestra especie no pueda vivir sin él. Otros errores no nos tiranizan como condiciones de vida de esta manera y, en contraste con aquellos «tiranos», pueden dejarse de lado y ser «refutados».

Una hipótesis irrefutable, ¿tendría por esta razón que ser «verdad»? Puede ser que esta proposición enfurezca a los lógicos, que suponen que sus limitaciones son limitaciones de las cosas. Pero hace tiempo que declaré la guerra a este optimismo de los lógicos.

La voluntad de poder, 535

Sorprendentemente, a la luz de sus ataques al cristianismo, Nietzsche afirma:

La perpetuación del ideal cristiano es una de las cosas más deseables que existen, incluso por aquellos ideales que pretenden estar a su lado y quizá sobre él; deben tener oponentes, fuertes oponentes, para hacerse fuertes ellos mismos.

La voluntad de poder, 361

Y unas palabras finales de advertencia:

Cuidaos de los sifilíticos que predican la moral.

Saul Bellow, *Herzog*

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C. Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto. Final siglo VI a. C. Muerte de Pitágoras. 399 a. C. Sócrates es condenado a muerte en Atenas. *ca*. 387 a. C. Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad. 335 a. C. Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia. 324 d. C. El emperador Constantino traslada a Bizancio la

capital del Imperio romano. 400 d. C. San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía. 410 d. C. Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media. 529 d. C. El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico. Mitad del siglo XIII Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica. 1453 Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino. 1492 Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega. 1543 Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium*

(Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes), donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol. 1633 Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo. 1641 Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna. 1677 La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*. 1687 Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad. 1689 Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo. 1710 Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo. 1716

Muerte de Leibniz. 1739-1740 Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos. 1781 Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana. 1807 Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana. 1818 Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana. 1889 Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín. 1921 Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la

«solución final» a los problemas de la filosofía. 1920-1929 El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico. 1927 Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental. 1943 Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada),* adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo. 1953 Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de Nietzsche

15 de octubre de 1844 Friedrich Wilhelm Nietzsche nace en Röcken, Sajonia, Alemania. 1849 Muerte del padre de Nietzsche. 1850 La madre de Nietzsche traslada la familia a Naumburg. 1858 Nietzsche entra como interno en un colegio en Pforta. 1864 Estudios en la Universidad de Bonn. 1865 Se traslada a la Universidad de Leipzig. 1868 Primer encuentro con Wagner. 1869 Comienza a enseñar en la Universidad de Basilea, Suiza. 1871

Publica *El origen de la tragedia*. 1878 Publica *Humano, demasiado humano*.

Cronología de la época de Nietzsche

1850 Schopenhauer publica *Ensayos, aforismos y máximas,* la obra que le daría a conocer tardíamente por el público. 1853-1856 Guerra de Crimea. 1856 Nace Freud. 1860 Burckhardt publica *La civilización del Renacimiento en Italia*. 1861-1865 Guerra Civil norteamericana. 1865 Estreno de *Tristán e Isolda,* de Wagner. 1870-1871 La Guerra Franco-Prusiana altera la balanza de poderes en Europa en favor de Alemania. 1875 Estreno de

la ópera *Carmen,* de Bizet. 1876 Inauguración de la Ópera de Bayreuth, destinada a la representación de las obras de Wagner. 1882 Estreno de *Parsifal,* de Wagner. 1883 Muere Wagner. 1889 Nace Wittgenstein. 1900 Furia del oro de Klondike. 1896 Freud publica su *Interpretación de los sueños*.

Lecturas recomendadas

A. C. Danto, *Nietzsche as Philosopher*, Columbia University Press, 1980.

R. Hayman, *Nietzsche*, Penguin, 1993.

W. Kaufmann (ed.), *The Portable Nietzsche*, Viking, 1977.

F. A. Lea, *The Tragic Philosopher: Friedrich Nietzsche*, Athlone, 1993.

A. Nehamas, *Nietzsche: Life as*

Literature, Harvard University Press, 1985.

(N. del T.): Una excelente exposición del pensamiento de Nietzsche se puede encontrar en el libro: E. Fink, *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza, 1996.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

Aristóteles en 90 minutos

Berkeley en 90 minutos

Confucio en 90 minutos

Derrida en 90 minutos

Descartes en 90 minutos

Foucault en 90 minutos

Hegel en 90 minutos

Hume en 90 minutos

Kant en 90 minutos

Kierkegaard en 90 minutos

Leibniz en 90 minutos

Locke en 90 minutos

Maquiavelo en 90 minutos

Marx en 90 minutos

Nietzsche en 90 minutos

Platón en 90 minutos

Russell en 90 minutos

San Agustín en 90 minutos

Sartre en 90 minutos

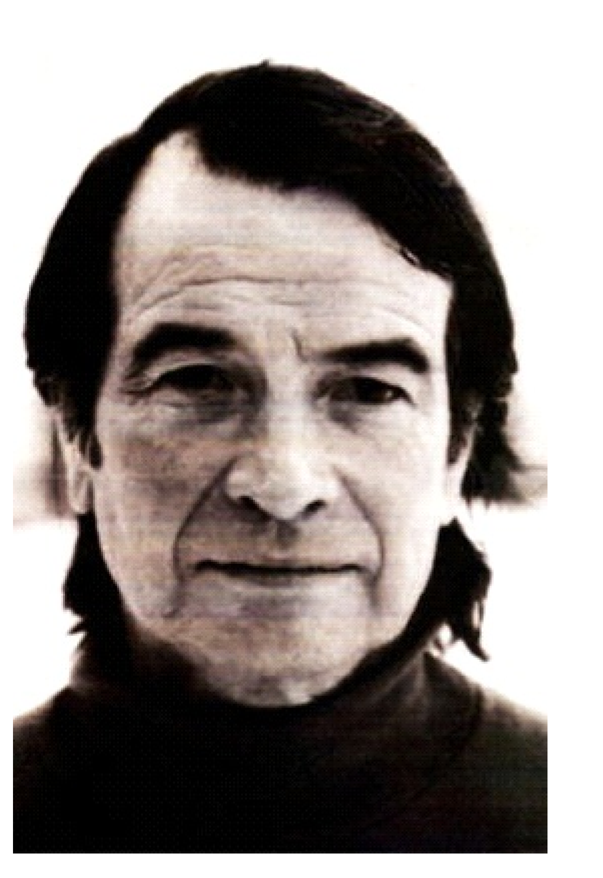
Schopenhauer en 90 minutos

Sócrates en 90 minutos

Spinoza en 90 minutos

Tomás de Aquino en 90 minutos

Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros

introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *best-sellers Los Medici: Padrinos del Renacimiento, Napoleón en Egipto*, y *El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*. Su más reciente trabajo *El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova* salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad

de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.

Notas

[1] Las citas siguientes, al igual que las incluidas en el capítulo anterior, han sido traducidas directamente del texto original en alemán, si bien se ha atendido a la versión inglesa. *(N. del T.)*. <<